

mos designar y llevar a cabo un proceso parecido al trabajo tradicional de la "misión popular". Por varios motivos procurábamos evitar este mismo término; pero, ¡qué va!, los interesados nos entendían y se definían mucho mejor cuando utilizábamos el concepto inicialmente puesto entre paréntesis ...

Imitando a los Tres Mosqueteros ("Todos para uno, uno para todos"), nos poníamos al servicio uno de otro en la planificación y realización de un trabajo de penetración asumido en primera instancia por los grupos cristianos del barrio beneficiado: determinación de cinco a diez sectores, visitas sistemáticas a toda la gente en cada territorio asignado, invitaciones a participar en la "misión" (!): unas diez reuniones por cada sector, en casas de los habitantes, durante cinco semanas (es decir, dos reuniones semanales, en horas de la noche, para todos los habitantes de cada sector, y lo mismo, simultáneamente, en los demás sectores); gran reunión final y celebración festiva —con la eucaristía— para todos los participantes debidamente motivados; compromiso de seguir tomando parte en una u otra de las actividades estables propuestas finalmente a todos los cristianos "reanimados" ...

Un esfuerzo de esta magnitud, cumplido en forma coordinada por más de treinta "misioneros" (importados, y del propio barrio), consume muchas horas y muchas fuerzas; motivo por el cual no hemos logrado montar semejante trabajo en el año 83. En cuanto a los resultados alcanzados, sólo se pueden medir realmente a más largo plazo, y todavía no hemos tomado el tiempo de evaluarlos.

f) ASODINCOP. Todos sabemos

algo de la cantidad inverosímil de abusos que suelen practicar las autoridades civiles, policiales, militares, y ... religiosas, en contra del débil, del pequeño. ¿Quién dirá los sufrimientos del pobre, y su desamparo? ¿Sus luchas para defenderse y sobrevivir?

Tomar un conocimiento cabal de las situaciones dolorosas, formarse un criterio moral y jurídico al respecto, entrar en ciertos mecanismos legales de autodefensa; fortalecer la ayuda mutua y, de esta manera, ir desarrollando mayor confianza en las fuerzas propias, tales serían los objetivos de la "Asociación de Defensa de los Derechos Individuales y Colectivos de la gente de Petare". ASODINCOP, asociación civil debidamente reconocida, integrada por delegados de varias de nuestras comunidades petareñas, cuenta también con la presencia de algunos miembros del equipo pastoral (en número voluntariamente limitado), además de la ayuda valiosa y comprometida de dos abogados.

El trabajo de concientización y formación de los integrantes es necesario, lento y difícil. Es indudable que nuestra gente suele ejercer más espontáneamente su inmensa capacidad de solidaridad en casos jurídicamente menos complicados y con menos mediaciones, cuando no se requiere el temido contacto con los poderosos, ni la obligación de analizar y argumentar. Por este y otros motivos que no son de precisar aquí, los resultados conseguidos por ASODINCOP hasta el momento son modestos y frágiles.

4. Modestos y frágiles. Estos dos adjetivos muy bien podrían calificar la totalidad de los logros conseguidos a lo largo de estos años de lucha. Quizás con-

vendría hablar también de otros intentos: la lucha junto con (y dentro de) las "Asociaciones de Vecinos", la extensión de una pequeña red de mini-bibliotecas populares, el imperceptible progreso de nuestras comunidades, y ... nuestra propia evolución, nuestro aprendizaje en el contacto diario con un pueblo que mucho tiene que decirnos.

Sin embargo, seamos realistas. La experiencia nos ha enseñado a no pecar por exceso de optimismo. Todos, en la zona, hemos tenido el tiempo de conocer fracasos más o menos serios y prolongados. Las limitaciones de diversa índole y, sobre todo, la extrema lentitud de los crecimientos nos han inculcado la **paciencia**, a sabiendas de que reamamos contra la corriente, esta misma corriente que contradice, hoy como ayer, el espíritu de las Bienaventuranzas de Jesús. Nuestra esperanza, pues, convive con una mayor serenidad y una pizca de escepticismo.

Pero no sólo con escepticismo. También con la "pasión". Además hemos perdido muchas ilusiones, pero no así la "ilusión". Aun cuando nuestros logros siguen siendo inseguros, tantas personas admirables con las cuales convivimos, y nuestras mismas comunidades, han renovado en nosotros las fuentes de la admiración, la alegría, y una esperanza "contra toda esperanza". ¡No hay por qué cultivar la melancolía! ¿Pequeños, nuestros resultados? Sí, es cierto; pero tal vez mucho más seguros de lo que podemos ahora estimar, si es cierto que "Dios mismo da el crecimiento" (Col. 2,19) y que bien sabemos en quién hemos puesto nuestra confianza (2 Ti.1,12).

Pastoral de barrios

6. GUACHUPITA (SANTO DOMINGO)

Jorge Cela

EN TIERRA AJENA

Todas las ciudades latinoamericanas tienen su herida abierta en los barrios. Ranchos levantados en la noche sobre tierra ajena, con los desechos de la ciudad: madera usada, latas, zinc. Y con ellos una cultura que se levanta sobre la tierra de una sociedad ajena, con materiales de desecho, penetrada y dependiente de la ciudad, con toda la agresividad y creatividad de la lucha descarnada por la sobrevivencia. Es el reto de nuestras ciudades.

Reto también a la tarea evangelizadora. ¿Cómo evangelizar a un pueblo ya creyente? ¿Cómo anunciar a Jesús desde otra cultura, otra clase, otra situación vital? ¿Cómo se vive la fe desde la opresión? ¿Cómo socializar la fe en un mundo individualista donde todos tienen su fe, pero cada uno la suya? ¿Cómo convocar al diálogo, a la celebración, a la lucha juntos?

Con estas preguntas, un grupo de agentes pastorales de Santo Domingo, República Dominicana, quisimos lanzarnos a la tarea de hacer comunidades

eclesiales en los barrios.

CÓN LOS COROTOS AL HOMBRO

Llegamos de noche y casi con los corotos de la casa al hombro. Como llegan los migrantes del campo o los desalojados de otros barrios. Con pocas cosas y pocas ideas claras. Con una fe que nos exigía ser vivida en comunidad, en diálogo, compartiendo. Sabiendo que en tierra ajena, cuando no se entra en poder, hay que ver y escuchar primero.

Cada mañana al trabajo, entre el

silencio adormilado de la riada de obreros. Cada tarde y noche visitando, mirando, oyendo, conociendo. Con la conciencia de que sólo desde dentro se evangeliza. Sabiéndonos en tierra extraña y ajena. No como el que está en tierra propia, con poder. Reconociendo que no es "la misma cultura, pero inferior". Y, por eso, no para enseñar, sino para aprender.

LA FE COMO CONVOCATORIA

La carta de presentación era la fe común. Y como agentes pastorales descubrimos el poder de convocatoria de esta fe: una expectativa asistencial inicial, anidada en experiencias anteriores, y pronto defraudada por nuestra pobreza de medios, trajo y se llevó un primer grupo. Pero quedaron los convocados por lo estrictamente religioso: la Iglesia era una puerta de entrada a la vida y a la muerte. Y comenzaron a surgir los llamados a esa puerta: para bautizos, para misas de difuntos. Y con aquellos que se acercaron echamos a andar, con un profundo respeto por su ritmo, su religiosidad, su cultura.

RECUPERAR LA PALABRA

El camino comenzó con el diálogo, primer movimiento hacia el otro. Empezó la reflexión. No con la doctrina, posesión nuestra, que nos hubiera abocado al monólogo. Empezó en la vida, posesión de ellos: su vida, su realidad. Iban recuperando la palabra que la sociedad les había quitado. Una doña, años después, comentaba: "Pasamos de la Iglesia del silencio a la Iglesia de la palabra". Sobre el tema del bautismo fueron surgiendo las preguntas: ¿por qué bautizar? ¿qué significa para nosotros? ¿qué nos exige?

Por momentos la palabra nueva se hacía balbuceo tartamudo. La inseguridad tantas veces aprendida ("es que somos brutos, no sabemos de letras") llenaba de miedo la palabra. En una reunión hubo un momento de silencio, de desconcierto. Un señor mayor pidió la palabra. "Aquí nos han mandado maestros para que nos enseñen, que ellos nos digan qué hacer". Hubo un silencio largo. Hasta que ellos recuperaron, ahora definitivamente, su palabra.

Nosotros habíamos estudiado teología. Pero ellos vivían la vida en que su fe crecía. Y nosotros teníamos mucho que aprender. Necesitábamos el diálogo. Mutuamente nos fuimos enseñando a hablar y escuchar.

DESCUBRIR LA REALIDAD

De ese diálogo fue surgiendo la realidad vivida con una luz nueva para ambos. Nosotros descubrimos que había mucho que aprender y teníamos que saber preguntar. No era la pregunta del maestro que ya sabe la respuesta y prueba al alumno. Era la del que quiere aprender. El equipo pasaba largas horas preparando dos o tres preguntas para una reunión. Preguntas que generaran un diálogo en profundidad, que hicieran descubrir la enfermedad, "que no está en la sábana, sino en el enfermo". Ellos encontraron en el diálogo un camino para redescubrir su propia realidad. Al caer la tarde, en un patio o una sala estrecha, se reunía un grupo de vecinos a dialogar. Un animador llevaba las preguntas preparadas en el diálogo previo con nosotros.

El domingo, antes de la eucaristía, el diálogo se repetía, enriquecido con la reflexión de todos los grupos. Se avanzaba lento pero profundo. Sin prisas. La palabra de Dios entraba en ese diálogo, y por él en la vida del barrio. Comenzaba a hacerse evidente por sí misma.

UNA PALABRA CON PESO

Una noche, en una reunión tensa y difícil sobre un tema delicado, un hombre pidió la palabra. Más escolarizado que los demás, de verbo fácil, dominó el auditorio con su largo discurso. La balanza de la decisión parecía inclinarse por su palabra, pues nadie se atrevió a contestarle.

De pronto, desde un rincón del salón, se levantó tímidamente una mano:

— Yo, como que no siento el peso de su palabra.

La palabra necesita el peso de la vida, sobre todo cuando en ella se juega el peso de una decisión importante. Y aquel hombre, fácil para la palabra, no lo era tanto para el compromiso y la lucha. Por eso la palabra del hombre con "cocina en el barrio" (casa y familia) tiene más peso. Se juega más y tiene retirada más difícil.

Se comenzaba a asumir la palabra como decisión, como compromiso. La palabra colectiva adquirió peso de vida, y se hizo participación más allá de lo meramente verbal.

NACE LA COMUNIDAD

Durante tres meses la reflexión sobre el bautismo fue avanzando. Se fue descubriendo su dimensión de entrada a la comunidad. Llegó el momento de la decisión: ¿bautizamos? Los grupos to-

maron en serio la decisión: "si es entrar a la comunidad, aún no estamos preparados". No se referían a los que iban a ser bautizados, ni a sus padres o padrinos. Se referían a toda la comunidad. Para recibirlos teníamos primero que ser comunidad. Y aún nos faltaba demasiado en esta tarea. Algunos se cansaron en el camino y se retiraron. Pero al ver crecer el nuevo vínculo que iba uniendo familias entre los callejones, otros nuevos se acercaron. A los seis meses hubo bautizos. Y fueron celebración de una comunidad.

LA ORGANIZACION POPULAR

Aquellas comunidades que nacieron a la luz de la reflexión cristiana sobre su realidad iban descubriendo su fuerza y su compromiso. La vida dejaba de ser un destino inevitable ante el que no queda más salida que la resignación. Ya, al preguntarnos cómo estábamos, no respondíamos: "bien, por lo conforme". La vida podía cambiar y en la unión encontrábamos la fuerza para hacerlo. Y no sólo andábamos juntos, vecinados. Ibamos unidos. Primero en pequeños proyectos, arreglar un rancho, limpiar una cañada. Y al vencer la inercia de la historia fuimos tomando impulso: una escalera de 113 escalones para vencer un desnivel de entrada al barrio, una escuela, un centro cultural. Y con el trabajo colectivo iba fraguando una visión común de la vida.

Descubrimos que la historia no era, sino que había sido hecha. Y que podía hacerse de otra forma. Fuimos pasando de la acción comunal a la reivindicativa. Luchas contra el desalojo, por mejores servicios, por la salud. La participación irrumpía en la sociedad que nos marginaba. O peor, que nos negaba, como refleja el cambio inconsciente de la palabra "marginados" por "imaginados".

LA TENTACION DEL CONSTANTINISMO

La comunidad se convirtió en símbolo de amistad, de lucha, de solidaridad, de conquistar el derecho a "ser gente". Sus estructuras de participación, con concejos que tenían la última palabra, con cargos renovables por elecciones cada dos años, con responsabilidad colectiva y trabajo de equipo, fue convirtiéndose en la tierra de utopía.

Cada vez más la reflexión y acción fue penetrando el campo de la sociedad civil. Fue surgiendo la imagen de la comunidad cristiana como ideal civil. La

ilusión del reino cristiano, con instituciones cristianas, donde todos formaran parte de la comunidad: la tentación del constantinismo.

La reflexión semanal de las comunidades acompañaba este andar. Descubrimos que los cristianos son "sal de la tierra". Y no se llena la olla de sal. Basta con un puñadito para dar sabor. No es la sociedad "toda cristiana" la solución. ¿No era acaso ése nuestro punto de partida?

En medio de la sociedad pluralista la tarea de transformación no es coto privado de cristianos. Es el mundo de todos, donde todos tenemos el derecho y el deber de participar. La tarea cristiana es participar. No apropiarse ni dirigir. Surgió así la conciencia de la autonomía de las organizaciones populares y la responsabilidad de participar. Las comunidades habían encontrado su puesto dentro del barrio.

LA ORGANIZACION INTERNA

Ese papel hacía fuera de dinamizador de la acción y la organización también debía ejercerse hacia dentro de la comunidad. No bastaba estar unidos. Había que andar organizados. Cada uno debía encontrar su puesto de compromiso, dentro o fuera de la comunidad. Según sus sus cualidades y posibilidades. Y la comunidad iba animando el compromiso de cada uno: un compromiso más estable, más estructurado. Algunos se fueron integrando en organizaciones populares, en luchas por la salud, en la catequesis, en la alfabetización de adultos, en la visita a los enfermos, en bibliotecas populares o en otros grupos culturales. Por los callejones del barrio bullía una sangre nueva. La comunidad descubría en la novedad de cada día nuevos campos de trabajo, estables o coyunturales. Y desde ahí fue creciendo la estructura interna de las comunidades.

Primero la organización era muy simple: una reunión semanal de animadores de comunidades en la que se seguía la marcha de los grupos y se preparaban las reuniones. Al ir creciendo la vida de las comunidades aparecían nuevas necesidades que su compromiso o la vida de la parroquia iban suscitando: la catequesis, la acción de la comunidad para transformar su realidad, la preparación de los sacramentos, las actividades de los jóvenes. Había que tomar decisiones, planificar y evaluar actividades, representar a las comunidades. Para dar respuesta a esto surgió el consejo parroquial, formado por representantes de cada comunidad y por los responsables de

las actividades permanentes, elegidos por los mismos miembros de los grupos. Era el fruto de dos años de trabajo.

Las comunidades continuaron creciendo en número (ya eran casi treinta) y en dinamismo: su acción se hacía más variada y específica. Cada miembro de la comunidad se iba comprometiendo en una tarea concreta a realizar en el pedazo de barrio donde actuaba su grupo: la catequesis, la visita a los enfermos, la preparación de los sacramentos, la cooperativa, la liturgia, la participación en la organización popular del barrio, la juventud, la lucha por los servicios de salud. Iba surgiendo, también, la especificidad de cada uno de los tres barrios que formaban la parroquia, que ya el consejo parroquial no podía atender. Surgieron entonces los consejos de sector, uno por cada barrio, formados por los animadores de comunidades y responsables de actividades en ese barrio. En ellos se preparaban los consejos parroquiales y se analizaba y respondía a la situación de cada barrio. Los cinco años de vida de las comunidades nos habían llevado a esta nueva estructura.

LOS JOVENES EN LA COMUNIDAD

La comunidad había ido atrayendo jóvenes que se incorporaban a su marcha con su dinamismo y entusiasmo. Ellos eran un aporte de esperanza. Su actividad se centró en la acción cultural: alfabetización de adultos, teatro, una biblioteca popular, el periódico de las comunidades, un coro, actividades deportivas, el folklore. Y fueron formando equipos de trabajo con sus coordinadores. Después de casi seis años de comenzar la comunidad se formó el consejo de jóvenes con coordinadores de todos los equipos y representación en el consejo parroquial. Desde ese momento la acción cultural y pastoral de los jóvenes estaría coordinada por ellos mismos. Esta coordinación, como en las comunidades, se ejercía en base a la consulta previa a los equipos de forma que la participación de todos se hiciera presente en todos los niveles hasta el consejo parroquial. Era un proceso de decisión más lento, pero habíamos aprendido que a veces ir más despacio es más rápido. Al llegar a una decisión, todos la comprendían y la sentían como propia y la acción se hacía más colectiva, fácil y rápida.

HACIA UN NUEVO ESTILO

La responsabilidad el consejo parroquial había crecido. Ya no daba abasto. A veces los problemas a decidir

eran complejos y requerían tiempo y estudio. Había demasiadas tareas a realizar. Por eso el consejo parroquial comenzó a delegar sus responsabilidades: un equipo económico se encargó de la administración, un equipo de mantenimiento velaba por el buen estado de la planta física de la parroquia y un equipo técnico preparaba los informes sobre los problemas más complejos para facilitar el trabajo del consejo.

Cada año las comunidades, después de varias semanas de reflexión, celebran elecciones para elegir la mitad de todos los responsables de las distintas tareas de la parroquia. Los elegidos desempeñan sus cargos por dos años sin posibilidad de reelección inmediata para el mismo cargo. Esa ocasión se aprovecha para evaluar el año y planificar el próximo. Este año esa planificación se verá enriquecida por la reflexión de todos los grupos sobre el estudio de nuestra realidad, social, económica, religiosa y cultural. Para ello nos basamos en un censo hecho por nosotros mismos que nos costó año y medio de trabajo y en el que participaron más de 120 personas.

Este proceso ha hecho nacer un nuevo tipo de liderazgo, muy lejano al tradicional caciquismo. La capacidad del líder consiste ahora más en su habilidad para convocar y abrir al diálogo y la participación, que para discursar o dirigir. El tiempo ha ido mostrando que cada año este nuevo tipo de liderazgo, más comunitario, cobra más peso a la hora de elegir.

Con los años se ha ido creando una expresión propia, que da una identidad sobre la que ponerse en pie y marchar. Así hemos llegado a construir nuestro catecismo con un lema significativo: dar catequesis es enseñar a vivir en comunidad. Hemos hecho y reflexionado nuestro propio censo. Producimos nuestro teatro, nuestra música, nuestras celebraciones.

Pero era importante que esta fuerza nueva no se perdiera en localismos reformistas. Había que ampliar horizontes: descubrir otras comunidades, otros barrios, el campo que había quedado atrás hace tantos años, la lucha común de otros pueblos. Redescubrir la conciencia de clase y de Iglesia.

Empezamos los encuentros con otras comunidades que crecieron a base de convivencias, cursos, un periódico común, una federación de comunidades, encuentros nacionales, comités de solidaridad internacional. Pero nuestras raíces siguen pegadas a la tierra de nuestro pueblo.